



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA CAELI

Domingo 27 de abril de 1980

1. Os agradezco, queridos hermanos y hermanas, vuestra presencia a la hora de nuestra común oración dominical, en la plaza de San Pedro. *Regina coeli, laetare...* Durante todo el periodo pascual, la Iglesia no deja de invitarnos a *participar en la alegría de María*. Madre del Señor resucitado. Su alegría concentra en sí todo aquello de lo que se alegra la Iglesia: todo bien de la naturaleza y de la gracia el bien que se manifiesta en las obras del pensamiento humano y de las artes y sobre todo el bien que fructifica en las conciencias y en los corazones de todos los hombres.

En cada aspecto de este bien está *presente el misterio pascual*; en cada uno de ellos "la vida vence a la muerte", y la resurrección de nuestro Señor imprime allí su huella duradera.

La Iglesia se alegra en medio de los sufrimientos, que nunca faltan en su vida, y en medio de las fatigas y de las amenazas, entre las que se desarrolla la obra del Evangelio en toda la tierra. Lo testifican *los Hechos de los Apóstoles*, que, en este período pascual, constituyen una fuente especial para las lecturas litúrgicas del Pueblo de Dios. Esta narración más antigua de los acontecimientos de la vida de la Iglesia apostólica capta el misterio pascual, que se refleja en las fatigas de los primeros testigos de Cristo por los caminos del mundo.

2. Con el espíritu de la más genuina alegría pascual de la Iglesia, emprenderé, en los próximos días, *mi nuevo viaje pastoral a África*. Este viaje es también una peregrinación particular al corazón de esos hombres y de esos pueblos, que en número notable han aceptado ya el Evangelio, y en número notable están siempre abiertos para aceptarlo. Y esto constituye como *la prosecución de los Hechos de las Apóstoles*, de los que se escriben todavía nuevos capítulos de generación en generación, de siglo en siglo.

Las Iglesias de África –en particular las Iglesias en el Zaire y en Ghana– cumplen el primer siglo de su existencia. ¡Cuántas cosas nos dice este hecho a los que tenemos ya a las espaldas poco menos de dos milenios de bautismo y de evangelización!

¡Cómo deseamos compartir *la alegría* de aquellos que, con gratitud hacia la Santísima Trinidad, piensan en su primer centenario, mirando al mismo tiempo con esperanza hacia el futuro!

Cómo deseamos, al compartir su alegría pascual, *edificarnos con esta misma alegría*, encontrar en ella lo que es eternamente joven en la misión de Cristo y de la Iglesia: lo que es siempre igual "ayer, hoy y mañana" (cf. *Heb* 13, 8).

3. Por esto, voy allí con alegría. Al mismo tiempo, voy *con sentido de servicio*, al que he sido llamado como Obispo de Roma y Sucesor de Pedro. Considero este servicio particularmente ligado al espíritu de la época en que vivimos. En tiempos, en los que los hombres y las naciones, los países y los continentes se acercan unos a otros, es necesario que la Iglesia demuestre a sí misma y al mundo esa unidad, que es don del Señor resucitado; que *busque los signos de esta unidad* y, al mismo tiempo, los nuevos caminos y medios para expresarla.

Esta llamada de la Iglesia y del mundo la intuyó magníficamente el Papa Pablo VI, que la dejó a su sucesor como una tarea que ulteriormente es necesario asumir y profundizar. Y el servicio que de este modo se realiza hacia la Iglesia, es a la vez un servicio hacia los hombres y las naciones.

¿Acaso no predispone a esta gran alegría el hecho de poder visitar a los pueblos de África negra *en sus propios países*, en sus Estados soberanos, como verdaderos dueños de la propia tierra y timoneles del propio destino? ¿No es éste también un reflejo de esa alegría pascual de la Iglesia? Como hijo de una nación que, en su historia, ha experimentado, de modo particular, cuál es *el precio de la propia libertad*, voy con premura y alegría tanto mayor hacia esos pueblos del continente africano que, desde hace poco, gozan de su independencia y quieren inspirar en ella el propio futuro histórico.

4. *Encomiendo* a la oración de toda la Iglesia este servicio mío hacia la Iglesia del Zaire, Congo, Kenia, Ghana, Alto Volta y Costa de Marfil. Lo encomiendo especialmente a vuestra oración, queridos hermanos y hermanas, que tan gustosamente os unís a mí, cada domingo en este noble lugar.

Esté con nosotros Cristo *resucitado*, Redentor del hombre, Dios de la paz y Señor por siempre.

5. Y ahora, queridos hermanos y hermanas, unámonos *con toda la Iglesia*, que este domingo ora de modo especial *por las vocaciones*. Oran las diócesis. Oran las congregaciones religiosas. Oran todos los que aman a Cristo y a su Iglesia. La Iglesia, en todas partes y siempre, tiene necesidad de sacerdotes, elegidos entre los hombres y constituidos para bien de los hombres (cf. *Heb* 5, 1).

También tiene necesidad *de religiosas y de religiosos*, que viven según los consejos evangélicos en una entrega total a Cristo. Es el mismo Señor Jesús quien nos ha enseñado que debemos orar al Dueño de la mies para que "envíe obreros a su mies" (Mt 9, 38). Esta *mies es mucha*. Es inmensa. Grande debe ser también la petición, mucha la oración de toda la Iglesia por los operarios indispensables para la mies.

Oremos por las vocaciones, recitando el saludo pascual "Regina coeli, laetare". ¿Cuál es el mejor testimonio de la madurez *pascual de la Iglesia* –en todas sus dimensiones, parroquia, diócesis, congregación, país, continente–, cuál es, repito, el mejor testimonio de esta alegría pascual, sino el aumento de las vocaciones? Que Cristo resucitado venza en muchos corazones juveniles; que su *llamada* ¡"Sígueme"!, *reporte la victoria*. Que la humildad y la confianza de toda la Iglesia, que la confianza en la Madre de Dios traigan los frutos tan deseados. "Regina coeli laetare".

Después del Regina caeli

Saludo cordialmente a los estudiantes y obreros que participan en la "carrera pedestre" Bolonia-Roma, y aplaudo gustosamente la intención cristiana de paz y de reconciliación, que ellos atribuyen a su marcha, tan significativa y comprometedora.

Les agradezco su presencia y les aseguro mi oración, mientras invoco sobre ellos la asistencia del Señor.

Igual bienvenida dirijo a los generosos jóvenes del Centro Sagrado Corazón de Castellanza, archidiócesis de Milán, que están haciendo aquí un descanso en su larga marcha de fe entre el santuario de Pompeya y su parroquia, a la que ciertamente llegarán con una fe cristiana más madura.

Deseo recordar también al grupo de alumnas de la escuela superior de Trápani, Sicilia, bajo la dirección de las religiosas Dominicanas del Sagrado Corazón de Jesús; les deseo un crecimiento armónico, humano y cristiano.

También una palabra de aplauso y de saludo a los dos coros presentes en la plaza de San Pedro, a saber: *la Polifónica Lucchese* y el coro "Don Luigi Fontana", de Mussolente, diócesis de Vicenza.

Queridísimos, que la música os ayude siempre a vosotros y a cuantos escuchan vuestras ejecuciones, a elevaros a Dios, fuente de luz, de serenidad y de paz.

Al agradeceros la visita, deseo de corazón que vuestra actividad artística vaya siempre acompañada por una vida profunda y auténticamente cristiana.

Finalmente, dirijo un pensamiento particular a dos grupos parroquiales, esto es: a los fieles de Bomarzo —diócesis de Viterbo— que están aquí acompañados por su párroco, y también a los fieles de la parroquia de Comanzo, en Lombardía.

A todos imparto, con viva gratitud por vuestra participación en este encuentro de oración, la bendición apostólica que extiendo cordialmente a vuestros seres queridos.